

ideas obsesionantes, hastío, perversión...

Ya no responden los cada vez más fuertes estimulantes. Ni la humana consideración de los altos niveles sociales..., ni cruceros..., ni fiestas..., ya ni riquezas. Ha llegado con ello, este ser, a las últimas conclusiones. Ha llegado a la negación absoluta de todo y de nada. A la negación de su vida. Su cerebro, a punto de estallar, es una ebullición total y terrorífica. Muchas veces ha estado al borde de ese delirio...; sólo ahora, con una aparente calma, un poco temblona la mano, abre el cajón de la mesilla y saca un pequeño juguete. El juguete de la muerte.

Dos detonaciones en un gran hotel, de una gran ciudad, entre una media penumbra y un medio sopor...

La cabeza rubia de ella se ha teñido un poco de rojo; él, caído sobre la cama, es todo y nada; su muerte...

Se ha celebrado el comienzo de un nuevo año.

Todos los ruidos amortiguaron estos dos. En el gran salón de baile, todavía flota una cargada atmósfera, entre agria y pegajosa...

Una pareja, un poco cansada, se ha retirado a descansar definitivamente.

.....
Frente al hotel, una casa de vecinos. La mujer del inquilino del segundo, el contable de una empresa, que ya tenía cuatro chiquillos, ha dado a luz otros dos.

El marido se limitó a decir, un poco burlón, mientras paladeaba una copa de coñac: ¡¡Bendito sea Dios, ahora vienen a pares!!

.....
Son las cinco de la madrugada. El silencio mayor... Hace unas horas se ha celebrado el comienzo de un nuevo año.

Un vigilante nocturno, piensa: —Normalidad absoluta—. Y ha seguido andando...



Los Magos

Probo funcionario y jefe de Departamento, D. Nicolás era feliz. Tenía puestas hace años, y ya como rutina, unas gafas con maravillosos cristales color de rosa.

Por aquellos días, D. Nicolás era más feliz todavía. Unas Pascuas pantagruélicas le tenían en una constante y eterna digestión. Y era más feliz porque se había contagiado de la alegría infantil y deliciosa del regalo. La curiosa satisfacción del regalo que hoy afortunadamente inquieta a todas las personas. Hubo un tiempo en que los Magos sólo venían para los niños, y los mayores —siempre niños al fin— caían en una amarga desilusión del mundo y constelaciones limítrofes.

Ahora, por lo menos en una época señalada, todos los años nos sentimos niños y Magos. Y en la noche de la gran ciudad, asfalto mojado, riadas de coches, anuncios luminosos y rielar de luces, se vió envuelto D. Nicolás por aquella catarata multitudinaria de seres que, cargados de paquetes, avanzaban lentamente por las amplias aceras y salían y entraban incesantemente de los grandes y luminosos almacenes.

El esperaba, como todos los años, una corbata. Su mujer un bolso. Es decir, cosas originales. ¡Pero no! Este año D. Nicolás tenía que hacer un buen regalo, y en una «boutique» de Serrano compró un conjunto en piel de cocodrilo, de zapatos, guantes, bolso y cinturón. Total, 4.000 pesetas. El cocodrilo vivo tenía más piel y era más barato, pero le pareció mal, y no sabía por qué, regalar un cocodrilo vivo.

Hasta el día señalado, D. Nicolás se llevó el regalo a su oficina. Quería dar una auténtica sorpresa de Mago y pensó mandarlo a su destino con un botones del departamento.

Cuando el día llegó, D. Nicolás llamó a un botones, y dándole emo-

cionado el paquete con una tarjeta, le dijo: ¡Andando, galopín!

El chico era muy despabilado, pero perdió la tarjeta, y antes de molestar otra vez a D. Nicolás y volver a la oficina, sacó su agenda y consultó dónde vivía su jefe.

La sorpresa de la esposa de don Nicolás —opulenta matrona, competidora del «Pegaso» 8 Tn.—, fué delirante. Pero la que fué verdadera sorpresa y «delirium tremens», fué la de D. Nicolás cuando llegó a su casa y vió cómo se le echaba encima su camión en un arrebato de apoplejía emocional.

Aquel galopín creyó hacer bien, y en efecto lo hizo, llevando aquel regalo de la forma más antinatural del mundo a la esposa de su jefe, sin pensar —Santa Simplicidad— que en aquella tarjeta perdida iba la más lógica de las direcciones: Calle de Santa Brígida. Teatro Martín. Señorita... Etc..., etc..., etc...

Fuó cosa de Magos y todos sonrieron. Hasta la señorita del Martín, que cansada de esperar y despechada, conoció aquella noche a un joven —«un sueño de hombre»— que, según ella y él afirmaron categóricamente horas más tarde, y precisamente en la noche de Magos..., iban a ser «novios formales». ¿Y por qué no, si era la fiesta de la ilusión? Ilusión de un botones que, sin saberlo, hizo de Mago; ilusión de una esposa al creer que es la mujer de los «regalos» conyugales; ilusión de una vicetiple en tener «un novio formal», e ilusión de D. Nicolás por acertar, al menos, el color de la corbata, porque corbata tenía que ser, sin duda.

Multitud, música, autobuses, regalos, juguetes y alegría; esto era la gran ciudad la noche de los Magos.

Rótulos luminosos, estridencias y altavoces..., y, al fondo, una gran cartelera de un cinematógrafo que anunciaba: «¡De ilusión también se vive!»

FRANCISCO ZARCO

